

## Lección 18

12 de mayo de 1965

*el significante*  
*el sujeto*  
*el saber*

*el sujeto supuesto saber*

*el sujeto supuesto saber*  
*el significante como singular*  
*el significante faltante y la diada*  
*el sexo y el saber*

La última vez los dejé en la pregunta planteada sobre el estatuto del analista. ¿El analista puede ser sencillamente el sujeto supuesto saber? Terminé en la figura planteada de lo que implica tal suposición, de cómo ésta nos forzaría a sostener una especie de función fetiche del analista respecto a esta posición del saber. Para que el análisis empiece y se sostenga, seguramente el analista *es* supuesto saber. Sin embargo, todo lo que implica justamente de saber el fundamento del psicoanálisis nos afirma que no podría ser ese sujeto supuesto saber porque el saber fundamental del psicoanálisis (el descubrimiento de Freud) lo excluye. Hoy no iré más lejos. Aquí trazo el límite de donde partir hoy, en donde debe culminar mi discurso. Mi discurso hoy será únicamente el desarrollo de esta antinomia, abriendo tal vez únicamente en su final, la falla, la hiancia, a través de la cual podemos concebir, en la medida en que esta falla, esta hiancia, está ya trazada, que la posición del analista sin embargo se sostiene efectivamente.

Nos quedamos en esta pregunta respecto al analista ya la última vez, relativa no a su capacidad, por supuesto, demasiado fácil y mítica de imaginar no sé qué virtud, don innato o adquirido que lo pondría en posición de asumir lo que tiene que hacer. De lo que se trata es de su posición radical como sujeto cuando decimos que en el fundamento del análisis él debe ser el sujeto supuesto saber, y articulé la última vez de qué manera esto podría tener un sentido. Dados los delineamientos de lo que Freud nos dio respecto a la experiencia analítica, esto sólo puede representar una cierta disponibilidad (que él aseguraría, que lo definiría como tal, a lo cual equivaldría), una cierta disponibilidad en el orden del significante a proveer. Y por supuesto, esto no deja de hallar respuesta, eco, preparación, en la manera como definí para ustedes, no sin razón, el significante como siendo lo que representa al sujeto ante otro significante. Es por eso de hecho que la coyuntura analítica es el punto donde se disuelve lo que tiene de ceguera en el lingüista esta distinción que él cree hacer, o deber hacer como esencial, de los dos niveles pretendidamente lingüísticos, el uno que implicaría inherencia de la significación, opuesto al otro que la excluiría; en otras palabras, para ir rápido, la oposición de la palabra y del fonema.

Desde el punto de vista nuestro, el de nuestra experiencia, aquél de la falta, nunca se da más que la palabra de lo que sea, y al nivel que sea, donde el fonema se halla estrictamente en igualdad en la experiencia, lo que prueba abundantemente que en ese campo, uno de aquellos de donde parte Freud, el olvido de los nombres, el fonema, su olvido, está en el principio; que este olvido no es de ninguna manera el olvido de la palabra como

significación, que muy a menudo subsiste, sino de la carencia de una articulación de significancia.

Al respecto recordé, para decírselo, que, curiosamente, la expresión misma en francés *la palabra me falta* [*le mot me manque*], es fechable; que no se usaba en francés antes de cierta época. A saber, que hay alguien del círculo de los preciosos que atestigua, comienzos del siglo XVII por lo tanto, que puede registrar, ya que lo hace día tras día recogiendo las expresiones de afortunada invención que ve surgir en su medio, que esta expresión, la recogió, la subraya; *la palabra me falta* fue inventada en alguna parte entre esas personas que dialogaban una frente a la otra, sentadas en lo que se llama *las comodidades de la conversación*; en otras palabras: sillones<sup>146i</sup>. Llega hasta a darle legitimidad a ese rasgo, a esa notación, al afirmar que antes de esta dicción preciosa, la expresión *la palabra me falta*, por no ser de uso en francés, hacía sospechar una parte de impensable sobre esa falta de significante y que es justamente ahí, siempre al nivel de la creación significante, que se introduce algo que abre la vía de lo que más tarde puede captarse. *La palabra me falta* no implica todo Freud, pero me ofrece una manera de introducir, de retomar en este caso, la forma de una pregunta que la última vez introduje sobre lo que concierne a un saber antes de ese momento, independientemente de cómo lo designemos, en donde emerge, sin que podamos decir en virtud de qué madurez, salvo tal vez en la posibilidad de su composición significante. ¿Qué quería decir *la palabra me falta* antes de Freud? En todo caso, queda claro que no tenía el mismo valor significativo.

Pero no es por ese lado que debemos buscar el resorte de incidencia de esta coyuntura significante que, para nosotros, es eso en torno a lo cual estructuraremos la noción de saber. La única prueba que preciso es indicar su esterilidad, su cierre, que implica la otra vertiente, aquélla que se llama del logicopositivismo que, al ir en busca del *meaning of meaning*, al asegurarse, al precaverse, diría yo, de las sorpresas de la conjunción significante desmembrando en cierta forma (¿cómo hacerlo sino de manera siempre retrospectiva?) la diversidad de esas refracciones significativas, no culmina más que en esa curiosa expansión que, en tal obra, titulada así, *Meaning of meaning*<sup>107</sup> de Ogden y Richards... de Richards y Ogden, culmina por ejemplo, respecto a lo bello, desparramándonos a lo largo de las columnas, entre corchetes y paréntesis de una página entera, las diversas acepciones en que puede tomarse esa palabra, haciendo a partir de entonces estrictamente imposible hasta comprender por qué esas diversas significaciones se encuentran ahí reunidas. El logicopositivismo hace pensar en efecto, diría yo, por el contraste y el enlace de los dos términos en que se afirma, en algo como en esos monstruos que poblaron el bestiario medieval, y para no volver sobre nuestro eterno unicornio o sobre alguna quimera, bastante manidos por el uso escabroso, dudoso, que hacen de él los lógicos, puesto que convendría siempre ser prudente respecto al estatuto exacto de esos monstruos, lo compararé aquí con otro, del que ustedes han oído hablar menos: el *mirmicoleón*<sup>ii</sup>. Tiene el antepecho de león y el cuarto trasero de hormiga. No es sorprendente, como nos lo afirman los eruditos autores de dichos bestiarios, que sólo pueda morir; la hormiga, así se la erija, como lo hace Prévert, hasta las fabulosas dimensiones de los famosos 18 metros, y por qué no, nos dice Prévert, la

---

<sup>i</sup> Cfr. 146 de la Bibliografía General, p. 173: “*Je fçay bien ce que ie veux dire, mais i ene puis m’expliquer comme ie voudrois. Je fçay bien ce que ie veux dire, mais le mot me manque*” [Sé bien lo que quiero decir, pero la palabra me falta].

<sup>ii</sup> Jacques Prévert (*Mirmicoleon (mirméléon (formica-lé))*)...

hormiga, en todo caso, por no saber evacuar lo que el león devora. Tal es la mierda positivista, o lógico-positivista tras abundante rumia de lo que no logra captar en la virtud dialéctica de un término como lo bello, del que se diría, al respecto, cuando uno emite una exhalación al ver finalizadas las dificultosas elaboraciones de los autores del *Meaning of meaning*, que diría mucho más el primer idiota que nos haga subrayar que bello rima con sello<sup>iii</sup>.

*La palabra me falta. La palabra me falta* tenía antes de Freud su valor revelador. *La palabra me falta* implicaba, en su sola composición de artificio precioso, la apertura de un camino de verdad que debía hallar, con Freud, su acabamiento en saber. Entiendo ahí la palabra “verdad” en el sentido propiamente heideggeriano, la ambigüedad de lo que se revela por permanecer aún medio oculto.

Cierta irreflexión médica de la que me veo rodeado puede seguramente... cuando digo, cuando dije la última vez que se plantea el asunto del estatuto de un saber ya sea el newtoniano o el freudiano, antes de que efectivamente aparezca... decirme: lo que usted nos está diciendo ahí, usted que se interesa en nosotros, que nos enseña cosas bien escabrosas, ¿es entonces que el inconsciente sólo sería una invención de Freud?

- ¿Y por qué no?

- ¡El sujeto representado por el significante es una cosa que sólo data de su discurso!

Ahora bien, precisamente de lo que se trata es del estatuto del sujeto respecto a un saber. Ese sujeto, tal como lo encontramos primero, como afirmado, supuesto efectivamente en todo saber que se cierra, ¿dónde estaba antes? Cuando un saber como el saber newtoniano se acaba, observemos qué sucede con el estatuto del sujeto. Conviene que la cosa nos retenga un instante, aún cuando el problema lo haya subrayado ante ustedes desde hace bastante tiempo. El saber newtoniano, en la historia de la ciencia, realizó una especie de apogeo, ejemplo tanto paradójico como verdaderamente ejemplar, paradigmático, para no caer en pleonismo, un ejemplo entonces de lo que es en verdad el estatuto del sujeto, puesto que en esta fórmula, que de repente arraiga los fenómenos enigmáticos que han cautivado la atención de los calculadores a lo largo de los siglos, en el cielo, los reúne, los encierra en una fórmula que no tiene para ella más que su exactitud, puesto que es tan impensable, en nombre de alguna propiedad experimentada en todo lo que el hombre conoce en sus relaciones con el mundo, con lo que él enseña, no hay acción a transmitirse que no suponga un medio que la transmita; que le proponga esta acción a distancia propiamente hablando impensable y que hace surgir de la boca de los contemporáneos como en un solo grito “¿Pero cómo tal cuerpo, tal masa aislada en tal punto del espacio, puede saber a qué distancia está de otro cuerpo para estar vinculada con éste por esta relación?”. Y por supuesto, para Newton no hay duda alguna que esto supone en sí un sujeto que mantenga la acción de la ley. Todo lo que sea del orden de lo físico o lo parezca resulta de la acción y de la reacción de cuerpos que siguen las propiedades del movimiento y del reposo, pero le parece a él que la operación gravitacional, sólo puede estar soportada por ese sujeto puro y supremo, esa especie de cúspide del sujeto ideal que representa el dios newtoniano. En eso, los contemporáneos equipararon, con toda razón, a Newton con ese dios, puesto que lo mismo es crear esta ley y haberla articulado en su rigor.

---

<sup>iii</sup> “*que beau rime avec peau*”

Pero no es menos cierto que un sujeto demasiado perfecto, que el sujeto del saber que es el verdadero primer modelo de ese saber absoluto que atormenta a Hegel, que ese sujeto nos deja completamente indiferentes y que allí la creencia en dios no se ha remozado en nada; que ese sujeto no es nada y que el único que no lo sabe es él, y éste es justamente el signo, precisamente, de que no es nada. En otras palabras, es en la ambigüedad de la relación de un sujeto con el saber, es en el sujeto en tanto que falta aún al saber, que reside para nosotros la nervadura, la actividad de la existencia de un sujeto. Es por esto que no es en tanto soporte supuesto de un conjunto armónico de significantes del sistema que se funda el sujeto, sino en la medida en que en alguna parte hay una falta, que articulo para ustedes como siendo la falta de un significante, porque esta es la articulación que nos permite alcanzar de la manera más sencilla la articulación freudiana para extraer de allí su resorte esencial.

Seguramente, para no dejar por el momento este horizonte de cielo estrellado ante el cual Kant todavía se prosternaba, observen que si desde siempre es ahí donde el hombre ha practicado sus escalas, sus ejercicios de significantes, es únicamente por ahí que ha buscado siempre al sujeto supremo, sin hallarlo nunca por lo demás. Pero tal es la fuerza, la pregnancia del funcionamiento del significante, a tal punto que es también ahí donde él conserva sus miradas volteadas, cuando desde siempre sabe bien que los dioses están entre nosotros. Están en un lugar diferente al cielo. Lo único que él situará serán sus constelaciones epónimas.

El último resto, tras esta expulsión del cielo de toda sombra divina con Newton, nos queda en forma de esas señales que esperamos, que nos llegarían de alguna parte, y paradójicamente, como se dice, de alguna vida en otro planeta. Yo pregunto, si en efecto nos llegara algún signo o señal que pudiéramos calificar de significante, ¿en nombre de qué nos aseguraría esto alguna vida, si no es que, por muy poco fundada que esté, identificamos la posibilidad de articular el significante con el hecho de una vida que sería su soporte? ¿Acaso sólo la vida puede producir un significante? Y si estamos tan seguros de esto ¿en nombre de qué?

Seguramente el primer criterio sería saber dónde definiremos el límite, la definición de una pulsación natural. Como al parecer, según las últimas noticias, no hemos recibido de alguna lejana galaxia nada diferente a lo que sería, propiamente hablando un significante ¿cómo definirlo sino en términos lacanianos?! Quiero decir que, en lo que nos concierne, lo único que aceptaremos como prueba en alguna parte de la presencia no de un ser vivo sino de un sujeto, será un significante que podremos articular muy precisamente como orientado respecto a otro significante. Primera condición: alternancia, pero que de manera especial nos daría fe claramente de uno de sus miembros. Sería necesaria entonces alguna variación y, para decirlo todo, la forma como un morse nos da la indicación, a saber, la existencia de dácillos o de espóndeos para que, en el primer tiempo, sepamos claramente que un significante sólo vale en ese caso para otros significantes. Pero eso todavía no sería suficiente: se necesitaría ese elemento de imparidad<sup>iv</sup>, de excepción, de paradoja, de

---

<sup>iv</sup> “*oddité*”; en inglés: *oddity*, rareza, extrañeza, “imparidad” [N. de T.]. Se trata de una palabra inglesa o de un neologismo construido a partir de esta palabra inglesa, que aparece en diversas ocasiones en la obra de Jacques Lacan, con destinos diferentes en las traducciones al español: disimetría, disparidad, imparidad, extrañeza, bizarro... El 16 de noviembre de 1960, Lacan inaugura su seminario “La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas” con una referencia a esta palabra en

aparición y de desaparición fundada como tal, que nos mostraría claramente que algo alterna que es precisamente la relación de uno de esos significantes con un sujeto. Para decirlo todo, imparidad y alternancia. Necesitaríamos el testimonio de la puesta en orden signifiante de algo donde el sujeto se manifestaría como capaz de asegurar un puro azar, a saber, una sucesión de “cara o sello” reagrupados bajo forma signifiante. En otras palabras, la mejor prueba que podríamos tener de la existencia de un sujeto en los espacios estrellados sería si algún mensaje, de mínimo cuatro términos, resultara responder a la sintaxis que, en el capítulo introductorio a *La carta robada* de Poe<sup>77</sup>, intenté articular como los  $\alpha$ ,  $\beta$ ,  $\gamma$ ,  $\delta$ , que quienes han leído esta pequeña introducción saben que están compuestos a partir de un cierto agrupamiento de lanzamientos de puro azar, y que el hecho de agruparlos, de nombrarlos de cierta manera unitaria, independientemente de cuál sea, de hecho, culmina en una sintaxis de la cual ya no se podría escapar. Que se descubra una sintaxis análoga en una sucesión de signos nos aseguraría que se trata ahí en efecto de un sujeto. Si se creen con el derecho de justificar por qué, al mismo tiempo, ustedes lo llamarán vivo... Intenten articular por qué. Esto nos llevará tal vez por las mismas vías por las que voy a intentar avanzar ahora.

Freud se libra de la objeción que me hacía hace poco mi interlocutor, considerado como irreflexivo, de la siguiente manera: es que, al responder a la pregunta de dónde está el sujeto de lo inconsciente antes de que Freud lo hubiese descubierto, la respuesta es justamente que lo que Freud nos define como sujeto es esa relación nueva, original, impensable antes de ser descubierta, pero afirmada, de un sujeto con un no saber. ¿Es necesario que ponga los puntos sobre las íes? Lo que quiere decir “lo inconsciente” es que el sujeto rehúsa un cierto punto de saber; que el sujeto se designa al no saber de adrede; que el sujeto se instituye (este es el paso en que la articulación freudiana se enriquece con lo que esbozo al margen sobre la relación del sujeto con el signifiante), que el sujeto se instituye de un signifiante rechazado, *verworfen*, de un signifiante del que nada se quiere saber.

¿Cuál es ese “se”? No es más extraño que el sujeto que desaparece con total desinterés en la base de un sistema absoluto. Lo que Freud nos designa es la subsistencia del sujeto de un no saber. Para nosotros el asunto consiste en elaborar un estatuto tal para ese sujeto, que no nos veamos forzados a darle una sustancia, a saber, a creer, como los junguianos, que ese sujeto es dios. Aquí es donde busca servir el repaso que les hago: que lo que representa el trazado de toda la dialéctica que culminó en nuestra ciencia, reposa sobre una aproximación cada vez más articulada del sujeto en tanto designado por una relación que recubre esa relación afirmada, concreta, experimental, con el signifiante faltante, por Freud.

Toda la dialéctica, esa que parte de Platón, forjó esto para nosotros, y de ello da fe el compendio de los textos mayores, que conciernen a la elaboración de un pensamiento de saber en nuestra tradición. De cuando en cuando les recuerdo los puntos de articulación

---

los siguientes términos: “Anuncié para este año que trataría sobre la transferencia, sobre su disparidad subjetiva. Este no es un término que haya elegido fácilmente. Subraya esencialmente algo que va más allá de la simple noción de disimetría entre los sujetos. Plantea, en el título mismo... se subleva, si puedo decir, desde el principio contra la idea de que la intersubjetividad por sí sola pueda proveer el marco en el cual se inscribe el fenómeno. Hay palabras más o menos cómodas según las lenguas. En realidad lo que busco es algún equivalente del término impar [*odd, oddity*], de la imparidad subjetiva de la transferencia, de lo que ella contiene esencialmente de impar.” Cfr. “Para un soporte bilingüe del seminario de Jacques Lacan”, en <http://www.lutecium.org/gaogoa.free.fr/bases.htm>

esenciales; les recordaré o indicaré, según mi audiencia, aquí por primera vez, el texto verdaderamente fundamental. Es *El sofista*<sup>118</sup> de Platón, al que les ruego remitirse. Allí verán en filigrana intervenir las articulaciones esenciales, y las verán superponerse con el mayor rigor, hasta el punto de emerger en ciertos lugares como algo que rompe el lienzo, de la definición que actualmente la referencia lingüística nos permite dar del sujeto como de aquello por lo que responde la posición del significante, el significante, entiendo elemental del fonema, en el sistema de la batería significante en donde se instaura la realidad concreta de toda lengua existente.

Ahí conviene recordar dos temas que están incluidos en el aforismo fundamental del significante que representa al sujeto para otro significante. Todo está en el estatuto de ese otro, todo lo que diré de ese otro en lo que seguirá, emerge, está articulado ya perfectamente, con el término de ese *Sofista* que les acabo de evocar, y precisamente bajo la rúbrica del Otro. Si el estatuto moderno del sujeto no está dado en Platón, es en la medida en que allí se escabulle, que no está allí articulada la tensión que hay de este Otro con el Uno, y que, este Otro nos permitiría fundarlo como lo que yo llamo el *uno de más*, este *uno de más* que no ven ustedes emerger en la teoría de los números sino a nivel de Frege; en otras palabras, esta concepción de lo singular como falta, esencialmente. Se esbozan dos relaciones en esta relación tercera, que articulo yo para ustedes, del significante representando algo ante otro significante, y en el significante representando al sujeto en una función de alternancia, de *vel*, de o bien, o bien; o bien el significante que representa, o bien el sujeto y el significante que se desvanece.

Tal es la forma de la singularidad esencial que es justamente aquélla que se le requeriría al analista si tuviese que responder fundamentalmente, irreductiblemente por esta nominación fantasmática que siempre aparece en el horizonte y que ustedes vieron recientemente discutir en mi seminario cerrado, a propósito de un cierto ejemplo de esta formulación específica, onomástica, con cuya falta quedaría colmada por la formulación de un nombre. La composición de la díada significante, de la pareja que sea, que todo uso de la lengua y especialmente de la lengua poética conoce bien, aquella que se expresó en la fórmula poética “las palabras hacen el amor”<sup>v</sup> o también, para citar a otro poeta: “*A cada noche su día, a cada monte su valle, a cada día su noche, a cada árbol su sombra, a cada ser su no* (n, o,<sup>vi</sup> como en Platón, que sólo habla de ese no y de la distinción de ese no y del no ser), *a cada bien su mal*”, lo cual hay que entender aquí no como contrarios en lo real, sino como oposiciones significantes. Ahora bien, es en torno a eso que gira toda la elaboración platónica, esta díada, para subsistir en el pensamiento de Platón, necesita de la introducción del Otro como tal. Para que ser y no-ser no sean contrarios igualmente siendo, dando así cobijo a todas las prestidigitaciones del sofista, se necesita que el no-ser sea instituido como Otro para que el sofista pueda allí ser rechazado. Asombroso abrazo de Platón con el sofista que quisiera que uno de ustedes, durante el próximo seminario cerrado pudiera comentarlo mostrándonos lo que aparece por todas partes: la extraordinaria similitud, los visos de reflejo que hacen que a cada vuelta de página leamos las características de la palpación actual, presente en la historia del psicoanalista mismo.

---

<sup>v</sup> Cfr. A. Breton, *Les pas perdus*, les mots sans rides, París, Gallimard, 1969: “...decimos “juegos de palabras” cuando lo que está en juego son nuestras más seguras razones de ser. Por lo demás, las palabras han dejado de jugar. Las palabras hacen el amor”.

<sup>vi</sup> Lacan deletrea para evitar la confusión homofónica entre *non* (no) y *nom* (nombre) [N. de T.]

El psicoanalista es la presencia del sofista en nuestra época, pero con otro estatuto, con la razón que ha surgido, que ha visto la luz, se sabe por qué los sofistas operaban al mismo tiempo con tanta fuerza pero también sin saber por qué. La tanta fuerza radica en lo siguiente: lo que nos enseña el análisis es que en la raíz de toda díada está la díada sexual, lo masculino y lo femenino. Lo digo de esta manera porque hay una muy pequeña oscilación en torno a la expresión, si la dijera, el macho y la hembra.

Las ambigüedades en la lengua de la función del género de lo que alguien como Pichón, quien creía tal vez demasiado en el pensamiento como para no tener singulares fluctuaciones en su manera de analizar los fenómenos y las palabras, llamó la *sexuisejemejanza*<sup>27</sup>. Está bien. Preferiría la *sexuilitencia*, porque el hecho de que el sillón se llame "el sillón", la silla "la silla", sólo tiene sexuisejemejanza para los imaginativos. Pero la presencia del género como simplemente correlativa de la oposición significativa está, para nosotros, subrayándonos justamente la distinción del género y del sexo, hecha para recordarnos que en lo que funda la oposición diádica (y sabe Dios si le causaba problemas a Platón, puesto que tuvo que inventar al otro para hacer subsistir allí el ser), la oposición diádica sólo tiene como fundamento radical la oposición del sexo, oposición sobre la cual nada sabemos.

Porque Freud mismo lo articula y en muchos textos, dándonos equivalentes, metáforas, de la oposición masculino-femenino, paralelos de lo activo y de lo pasivo o del ver y del ser visto, de lo penetrante y lo penetrado tan apreciado por una célebre cretina, pero lo masculino y lo femenino no sabemos qué es. Y Freud lo reconoce, lo afirma.

¿Qué es, para que el saber (me refiero al saber capaz de dar cuenta de sí mismo, al saber que sabe articular el sujeto –no hay otro que le de su estatuto a lo inconsciente, lo inconsciente nada quiere decir fuera de esta perspectiva –), qué es lo que hay en ese saber de tal como para que al acercársele funcione, y de una manera unilateral, a saber, en el sentido del puro eclipse, de la desaparición del significante no solamente de lo *Verworfen* fundador del sujeto sino de lo *Verdrängt*, represión de todo lo que se le puede aproximar aún de lejos y que nos da testimonio de la presencia del sujeto en lo inconsciente donde el sujeto de lo inconsciente es el sujeto que evita el saber del sexo?

¡Confiesen que ese asunto es un tanto sorprendente!... que de hecho, para que reposen un instante, nos permitirá echar un vistazo hacia atrás y hacerles un comentario, que tal vez algunos de ustedes se han hecho, sobre ese camino que intento elaborar para ustedes en las horas que me reservo mi día de descanso, de un momento a otro me sorprendí diciendo, pero, ¡no hay palabra en griego para designar el sexo! Como solamente disponía de diccionarios griego-francés a mi alcance, me veía reducido a ir a buscar en los autores. En el Tratado de los animales<sup>8-9</sup> de Aristóteles (esto me llevó a hacer cosas que no eran hallazgos, porque me gusta mucho ese Tratado de los animales) pude constatar que Aristóteles, en últimas, dijo casi todo lo importante en zoología, pero, sobre el tema de la reproducción (no hablemos del sexo), sostuvo no obstante ideas necesariamente un tanto flotantes, por faltar la microscopía. Y la comunidad del término *οπέζμα*, esa especie de líquido que se derrama y de donde vuelve a partir la atribución por igual al macho y a la hembra del *οπέζμα*, con la única diferencia de que la hembra se lo derrama en sí misma mientras que el macho lo derrama por fuera, es una distinción fenomenológicamente bastante válida, pero que nos parece tal vez bastante justa para darnos idea del aprieto en

que se pudo estar, en efecto, durante siglos, al respecto de lo que concierne esencialmente, simplemente, a la reproducción.

En cuanto al sexo ni hablar. Y esto puede explicarnos muchas cosas. Con ciertos escrúpulos, hice una llamada telefónica a alguien que se encuentra aquí a mi izquierda, y que nunca se niega a ayudarme con esto, para preguntarle cómo, en un diccionario francés-griego, se expresaba el sexo, en griego. Me respondió unas pocas cosas que querían decir que era γένος, el género, φύσις, la naturaleza, y que en este caso se trataba [...], es decir, la diferencia entre el macho y la hembra. ¡Pueden ver ahí esta perífrasis!

Esas cosas son muy interesantes, y no se le podría causar gran perjuicio a Platón por desconocer completamente esta dimensión, que tal vez le habría ayudado mucho en sus complicaciones, en sus aporías del *Sofista*. Pero no por ello dejaba de tener cierto vislumbre, puesto que igualmente el horror que manifiesta él por la categoría del ἐναντίος, de lo contrariado, respecto a las oposiciones que se caracterizan por el sí y el no, son justamente el testimonio de que aquí se aborda un misterio que seguramente es aquel a lo largo del cual convenía pasar. Evidentemente, los latinos tienen *sexus*, y aludiré únicamente de pasada al hecho de que ese *sexus*, si podemos designarle un origen es del lado del *secare*. Se aproximan así un poco a la verdad freudiana, pero bueno todavía eso no llega muy lejos.

Hay algo extraño, y es que sobre el sexo, sabemos (digo: saber) por el hecho de la investigación científica, sabemos mucho más. Una cosa que sorprende, simplemente al examinar lo que sucede al nivel de los animales llamados protistas o circunvecinos. Es una cosa que todo naturalista no solamente sabe sino que puede articular en claro. No voy a citarles los autores, pero casi todos los que se han ocupado de los problemas de la sexualidad lo han dicho y se han dado cuenta, desde que sabemos un poco más gracias al microscopio, sabemos, pero no extraemos las consecuencias, que el sexo no es en absoluto relación con la reproducción necesariamente. Primero, porque hay organismos que se reproducen de una manera asexuada, y que entre los que son intermedios entre la reproducción asexuada y la reproducción sexuada, en otras palabras, los que, según el muestreo del rechazo de la estirpe, se reproducen ya sea de manera asexuada o como haciendo algo que nos da la idea de una relación con la reproducción sexuada. Esto nos hace pensar (en esos organismos elementales cuyas categorías no tendré la pedantería de enunciar aquí porque no quiero recargar mi exposición) de que lo que sucede cuando hablé de reproducción sexuada es sobre todo algo en que lo esencial es más bien lo contrario de la fecundación antes que la fecundación misma, a saber, una meiosis, es decir, una reducción cromosómica, tras lo cual puede haber una conjunción pero no forzosamente una reproducción; puede también ser considerado como un rejuvenecimiento y hasta es eso, esencialmente la conjunción sexual. En otras palabras, la relación, el vínculo de la diferenciación sexual con la muerte es aquí manifiesto y tangible y de una manera ambigua. Es la relación con la muerte lo que sufre allí como las características de una verdadera relación, esa pulsación fundamental de que el sexo es al mismo tiempo el signo de la muerte y que es al nivel del sexo que tiene lugar la lucha contra la muerte como tal, pero no al nivel de la reproducción. Aquí la reproducción no es más que una consecuencia, un uso en este caso de células más especializadas que las otras en tanto sexuadas, en otras palabras, en el momento en que aparece la autonomía del germen respecto al soma. Pero por naturaleza, nada indica que el sexo sea en su origen un mecanismo reproductivo.



Si nos detenemos en ese fenómeno fundamental de la reducción cromosómica, en otras palabras lo que se llama meiosis, y aquello que resulta de ahí como expulsión de lo que, en los bancos de la escuela nos llamaban los pequeños glóbulos polares, respecto a la formación de las células sexuales, vemos allí en lo concreto, en lo material, la expresión de otra polaridad, la de la relación del organismo con algo que es un resto, algo que es el complemento de lo que justamente está perdido, reducido en la meiosis y que, tal vez, podría estar destinado a aclararnos lo que concierne a la función fantasmática del objeto perdido, encarnado metafóricamente por objetos que tal vez no siempre, con esta forma del residuo expulsado del organismo vivo, tienen más que una relación absolutamente externa.

Especulo, sueño... *¡Schwärmereien!* ¡Pero es extraño que esas especies de schwärmerein nunca tengan, jamás, jamás estén hechas en el campo psicoanalítico! Todos los descubrimientos de la sexualidad e igualmente de hecho son abundantes, rebosan, se agregan a ésta todos los días, y sin embargo los cromosomas son apasionantes. Es objeto de discusiones febriles para todos los que se ocupan de ese algo que se llama la reproducción de los vivos, sin importar cuáles sean. Para los psicoanalistas se trata estrictamente, para ellos, ¡de letra muerta! Jamás vi un texto, cualquiera que sea, en una revista psicoanalítica o parapsicoanalítica, que se interese mínimamente en ese campo de los descubrimientos de la biología moderna, en el sexo ni en las preguntas que la biología plantea. Ahí hay un fenómeno que no podemos dejar de considerar, teniendo en cuenta las indicaciones que esto conlleva, no forzosamente ilegítimas de hecho, sobre lo que concierne verdaderamente a la posición de los psicoanalistas, ¿respecto a qué? A ese algo que toma su forma que se impone cada vez más, a saber, el sujeto supuesto saber en tanto sujeto de lo inconsciente, es decir, el sujeto supuesto saber lo que no hay que saber, en ningún caso.

Entonces esto es tal que nos muestra el vilo, la paradoja que significaría pensar el psicoanalista como aquel que ha de proveer, que ha de responder por el significante singular porque falta en su relación con el otro significante. Porque si esa relación radical conlleva la cobertura original, la *Verborgenheit*, la exclusión fundamental de lo que, por vía de la doctrina psicoanalítica misma, constituye su vínculo último, a saber, lo que concierne a la correspondencia del macho y de la hembra, independientemente de cual sea la correspondencia, es muy claro que todo indica que la posición del analista no está ahí en una exclusión menor que la de todo sujeto instituido que lo haya precedido. Es justamente por eso que el análisis sigue entero en la tradición del sujeto del conocimiento, con la única condición de que nos demos clara cuenta de que desde hace tiempo el conocimiento ha sido expulsado lejos del sujeto, y de que el sujeto en cuestión no es más que el sujeto en relación con el significante faltante.

En cambio, lo que nos enseña la experiencia y efectivamente lo que surge en ese campo de experiencia, es precisamente esta metáfora, y no es por nada que hace poco evoqué la correspondencia que esta metáfora puede tener con una de las realidades más fundamentales del sexo, a saber, la pérdida de ese aliguito donde se instituye la relación más estrecha del sujeto del inconsciente con el mundo del fantasma. Que sea allí a donde la experiencia analítica de hecho, haya llevado al psicoanalista, nos permite ahora abrir la pregunta sobre lo que le solicita ese punto, ese punto de desviación lateral, ese punto indicado de una relación con el sexo, que de todas maneras, no podría recubrir más que una imagen que podemos hacernos, mítica, de la relación macho y hembra. Esto es lo que

resulta del texto divino, los hizo hombre y mujer, tal como no duda en retomarlo el señor Ernest Jones armado con su tradición protestante.

Acaso no captamos ahí que, para otras tradiciones de pensamiento... lo ilustro: la del Tao, por ejemplo, que parte enteramente de una aprehensión significativa, aprehensión de la que no tenemos que buscar qué significación representa para ellos, puesto que para nosotros es absolutamente secundario. Las significaciones pululan siempre, si ponen dos significantes uno frente al otro, eso produce pequeñas significaciones. No son obligatoriamente bonitas bonitas. Pero que el comienzo sea, como tal, la oposición del *yin* y del *yang*, de lo macho y de lo hembra, aún cuando no supieran lo que quiere decir, esto por sí solo implica al mismo tiempo ese espejismo singular de que ahí hay algo más adecuado para no sé qué fondo radical, al mismo tiempo que, de hecho, eso puede justificar el fracaso total de toda realización del lado de un verdadero saber. Y por eso es que sería un gran error creer que existiría la mínima cosa que esperar de la exploración freudiana de lo inconsciente para alcanzar en cierta forma, para hacer eco, para corroborar lo que han producido esas tradiciones, califiquémoslas, etiquetémoslas (detesto el término), de orientales, de algo que no es de la tradición que elaboró la función del sujeto. Desconocerlo es prestarse para todo tipo de confusiones, y si algo por nuestra parte puede alguna vez ser alcanzado en el sentido de una integración auténtica de lo que, para los psicoanalistas, debe ser el saber, seguramente es en una dirección muy diferente.

Proseguiré este discurso la próxima vez respecto a la posición del psicoanalista.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)